

**I.** Nadie puede poner el lugar de inicio del encuentro o de reconocimiento de Dios como consuelo, alegría, esperanza, fortaleza o compromiso para otro. La fe empieza en el lugar donde se encuentra la vida propia. Dios siempre se acerca a donde estamos, en la situación en que estemos para que, desde ella, podamos abrirnos y acercarnos a Él. Cristo, en el camino concreto de cada uno, como a los discípulos de Emaús que quisieron escucharle, nos va renovando poco a poco el corazón, nos va haciendo reconocer su verdadera presencia de vida.

**II.a.** A veces el camino comienza o debe re-comenzar en el sufrimiento padecido cuando la vida afila sus cuchillos. El rostro se vuelve al suelo, el corazón se acongoja, la esperanza se acobarda, la alegría huye, la vida pierde su sabor y el hombre alza su voz: "Las lágrimas son mi pan día y noche. Todo el día me preguntan: ¿dónde está tu Dios?" (Sal 42, 4). La pregunta nace también en nuestro interior: ¿por qué me has abandonado? (Sal 22, 2), ¿no recuerdas tu antigua alianza? (Sal 74, 20-21; 77). El dolor es, en cierta medida, indominable, y no basta racionalizarlo para mitigar toda su fuerza. Nadie desde fuera puede decir: "eso no tiene importancia", "eso no es nada", o intentar acallararlo con comparaciones que no resuelven nada. El dolor necesita ser sanado en lo más profundo de nosotros mismos, para que no permanezca como una espina que al movernos nos hiere de continuo.

**II.b.** En el Libro de los Salmos Dios nos ha ofrecido palabras hondas para que lo busquemos desde este fondo abismal, para que nos quejemos ante Él, para que discutamos con Él, para que demos cauce a los sentimientos que no nos dejan vivir, para que confiemos..., de manera que en este camino del dolor, nuestra alma acoja su presencia fiel y renovadora que otorga la paz del corazón más allá de si lo comprendemos todo o no. Además, pronuncia dos palabras desde nuestra misma carne sufriente por boca de Jesús moribundo. En Lucas, Jesús muere con nosotros, con nuestra muerte diciendo: *Padre a tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 44-46 / Sal 31, 6). En Mateo, y para que nos sintamos acompañados también en nuestra fe torpe, oscura o dubitativa, Cristo grita con nosotros, sufriendo en nuestra carne: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 45-46 / Sal 22, 2). Así Dios nos acompaña siempre con su Hijo en nuestra carne.

**II.c.** Y mientras sufrimos, la esperanza tiene que sembrarse escondida, como en tiempo de invierno, protegida por la tierra buena que son los que nos rodean con su afecto. Ellos sostienen nuestro porvenir cuando nosotros estamos rompiéndonos. Ellos son nuestra fuerza cuando somos débiles. Ellos son los hermanos donde el Señor nos sale al encuentro como en Emaús para que nuestro corazón no muera envuelto en tristeza y soledad.

**III.a.** Pero hemos de hablar también de los bien-tratados por la vida. De cómo nos encuentra el Señor cuando todo nos va bien y no sabemos o no queremos mirar los golpes con que la vida hiere a tantos. Construimos, sin darnos cuenta (?), una frontera cerrada entre sanos y enfermos, ricos y pobres, fuertes y débiles, risueños y tristes... ¿Quién quiere acercarse al segundo grupo? ¿Quién no huye si puede? ¿Quién no esquivo o se hace el loco? También aquí Dios nos busca, pero es más difícil acogerle como se nos presenta: herido, solo, pobre, pecador... (Mt 25, 35-45).

**III.b.** Muchas veces nuestro bienestar no nos deja comprender el dolor, y nuestra insensibilidad nos hace minimizar el dolor del otro o criticar sus quejas, pero esto aísla más su dolor. Otras veces nuestro cinismo se inventa razones par justificar la situación ("se lo merecía", que cada palo aguante su vela", "yo no puedo hacer nada"...), una justificación fruto casi siempre de nuestra negativa a dejar de vivir lo mejor posible sin complicaciones o de ocultar nuestra implicación en el sufrimiento del otro. Llegamos incluso a burlarnos o insultar a quien sufre sin entrar en la debilidad o el dolor de su corazón (iborracho!, ¡puta!...) o a hacer chiste de situaciones terribles (maltratos, enfermedad...) (Sal 123, 3-4). En el fondo subyace el miedo a lo que no dominamos, o el miedo a complicarnos la vida que termina imponiéndose a nuestro deber de fraternidad.

**III.c.** Pero los que sufren necesitan nuestro valor, nuestro compromiso con ellos. Ellos, como Cristo, necesitan los brazos de la Piedad, silenciosos pero junto a la cruz. Ellos, como Cristo, necesitan voces que defiendan su causa. Ellos, como Cristo, necesitan que aprendamos a escuchar con el corazón antes de hablar con la boca. Ellos necesitan una ciudad fuerte, con murallas y baluartes (Sal 48) donde defenderse del dolor y una tierra mullida que les acoja en el duro invierno. Esa ciudad y esa tierra somos los fuertes mientras la vida nos regale fortaleza, somos los pudientes mientras la vida nos dé lo que necesitamos para vivir, somos los sanos mientras el cuerpo no se rebele contra nosotros mismos.

Así aparece la fraternidad como lugar donde el dolor se abre a la esperanza y los fuertes aprenden de aquellos a los que sostienen a mirar su propia debilidad y tomar conciencia de que también ellos necesitarán algún día "la compañía de los santos".

## Reflexión - Meditación - Oración

*Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:*

\* Lee 2 Cor 1, 1-11. San Pablo invita a reconocer la fortaleza que Dios nos da, a compartirla, a vivir con esperanza en la dificultad, a orar unos por otros, incluso a sufrir si es por el bien o el consuelo de los demás.

→ ¿Qué te sugiere este pasaje en tu vida concreta? Dialógallo con Dios.

→ Pide a Dios que envíe hombres y mujeres que, como San Pablo, sostengan con su esperanza, su compromiso y sus sacrificios a nuestras parroquias y nos ayuden a hacer lo mismo. Da gracias por aquellos que conozcas.

\* Podrías leer Mc 5, 1-20 e interpretarlo pensando en las fronteras que pone nuestra sociedad para no mezclarse con los débiles, los diferentes, los enfermos, los pobres... no sabiendo sufrirlos, acogerlos, amarlos..

→ Piensa en cuáles son los cerdos que Cristo tendría que expulsar de nuestra vida (social y personal) para que naciera la fraternidad. Pide que lo haga.

\* Lee el relato de Mc 10, 46-52 y une tus debilidades y dolores a la ceguera de Bartimeo. Puedes sentir que, aunque otros no quieran oírte (v. 48), Cristo siempre escucha las súplicas y se para.

→ Pide su misericordia, su ayuda... y, sobre todo, pide que puedas seguirlo en tus caminos, pase lo que pase, como hizo Bartimeo.

\* Reflexiona en tu interior y dialoga en el grupo la verdad de esta frase:

*El Evangelio es para vivirlo en la salud y en la enfermedad, en la fuerza y en la debilidad, en la riqueza y en la pobreza, en la fe fuerte y en medio de dudas, en la vida y a las puertas de la muerte... y siempre es buena noticia de vida para los hombres.*

\* Aquí tienes unos cuantos salmos que pueden ayudarte a orar cuando vives personalmente situaciones de dificultad, o para sensibilizarte y orar por aquellos que las están viviendo: Sal 4; 13; 22; 17; 77; 123; 126.

## 3. ¿Qué hicimos para merecer esto?

Señor, creador de la vida,  
¿dónde estás?

Dinos dónde reina tu vida  
porque estamos asaltados por la muerte.

Dinos dónde late tu misericordia  
porque no sabemos mirarnos con ternura.

Dinos dónde nace tu generosidad  
porque no sabemos compartir lo que somos y tenemos.

Dinos dónde se encuentra tu poder  
porque muchos necesitan tu defensa  
acosados por el pecado de sus hermanos.

Dinos dónde vive tu victoria  
porque a muchos una losa les aplasta  
contra el barro de la tierra  
olvidados de aquellos que llamaste a socorrerlos.

Señor, creador de la vida,  
no dejes que la desesperanza sea nuestro hogar;  
no consientas que la duda siempre su semilla  
como zarza en torno a tu Palabra;  
no permitas que el amor se agote  
y haznos renacer cada día con la fuerza del principio  
cuando nos llamaste a habitar tu corazón.

Señor, creador de la vida,  
no dejes que mi corazón te dé la espalda,  
ni siquiera cuando no vea tu presencia en torno a mí,  
cuando diga que te olvidaste pronunciar mi nombre;  
ni siquiera cuando esté tentado de esquivar  
a aquel que, necesitado de vida, tú pones a mi lado  
y quiera olvidarme de su nombre.